

Tomóchic. Las letras, la historia, el poder

Antonio Saborit*

Es una verdad universalmente sabida que toda obra, en las artes y en las letras, crea por sí misma sus propios antecedentes.

Por otra parte, con menos fortuna ha corrido otra verdad que de atenderse podría contener los excesos de la historia literaria fiel al hombre y la obra, pero que, sobre todo, alentaría un ejercicio intelectual atento a que tales obras son sencillamente impredecibles a la vez que susceptibles de ser historiadas culturalmente. Ahí está *Tomóchic*: la obra sola inició un proceso de significación e interpretación que acomoda, por así decir, sus antecedentes en la cultura mexicana. Rubén M. Campos, a finales del siglo pasado, y, a mediados de este, Mariano Azuela, fijaron las páginas de *Tomóchic* en el tiempo de la tradición.¹ Antes que prever la aparición de esa obra hace un siglo se podría conjeturar, en cambio, que varios alimentaron la esperanza, la alentadora esperanza, de que algún escritor entre nosotros llegaría a tocar alguna nota realmente honda en la huidiza, ardua escala de las expresiones humanas. Por lo demás, una vez realizada esa pequeña esperanza la obra escribió su propia historia.

En el año de 1892, una persona en México imaginó que alguien aquí debería plantearse la realización de una novela a la manera de *La debacle* de Emilio Zola. En el medio de las letras ejercían algunos militares retirados con la experiencia guerrera que algún crítico señaló como carencia insoslayable al exitoso Zola. Se trataba, creo yo, de un leído periodista en sus veintes, originario de Campeche, en la nómina de redactores contratados por el

¹ Rubén M. Campos, «La literatura realista mexicana III. *Tomóchic*, *Naufragio*, *El último duelo*», en *El Nacional*, abril 18, 1897; Mariano Azuela, *Cien años de novela mexicana*, Ediciones Botas, México, 1947.

* DEH-INAH.

empresario editorial Rafael Reyes Spíndola para *El Universal*, miembro activo en la agitación política promovida por los estudiantes de la Escuela de Jurisprudencia, como él, contra la campaña reeleccionista del presidente y general Porfirio Díaz; un periodista con ambiciones literarias, al tanto de algunos de los quehaceres de Zola y al tanto también del éxito de ventas en Francia de *La debacle*. Me refiero a Joaquín Clausell.

¿Qué piezas se movían en la escena cultural mexicana al comenzar la década de los noventa? ¿De qué estaba hecho el ámbito de las letras? ¿Cómo suplantaron los periódicos capitalinos al mercado del libro? ¿Qué se cocinaba en el interior remiso y cansino de ese tren casi siempre retrasado en el que se movían nuestros distintos hombres de letras? Las respuestas a estas preguntas exigirían un conocimiento cuya formación, acopio, crítica y renovación no ha preocupado lo suficiente, de atenernos a las evidencias de nuestra historiografía, situación que en ocasiones monta en la vida cotidiana de la investigación una frase casi aforística de Javier Marías que otorga licencia a la invención cuando «el saber verdadero resulta indiferente».² Aunque la tentación es grande, ante el casi intacto mobiliario del mundo literario y cultural capitalino finisecular, ahora intentaré esbozar respuestas a tales preguntas desde la perspectiva de los anhelos y proyectos públicos de los hombres de letras, de los libros en curso y los no escritos, de las carencias y de las inermidades del gremio ante asuntos como el poder y la fuerza, como la fuerza del poder. Confío en que estos asuntos abonarán tierra firme para explorar el vínculo entre la historia y las letras.

La historia moderna de Tomóchic, su ingreso al Leteo de la historia nacional, tiene en su acta de nacimiento fecha del mes de noviembre de 1891. Esto ocurrió, si aún cabe hablar así, por obra de dos limitados y casi analfabetas representantes de las autoridades civiles y religiosas en esa zona, quienes con eficaz voz de alarma enfilaron contra poblado tan insignificante una gruesa columna militar que al fin sólo diezmó y dispersó a la gente, eso sí: cargándoles varios muertos, por la incomprensible y por tanto punible resurrección de las romerías entre los pobres y analfabetas tomoches —a quienes cupo alimentar la esperanza de una mejor vida con sus muy interesadas peregrinaciones hacia El Chopeque, un rancho en Sonora, donde un par de ancianos montó una cumplidora imagen de Nuestra Señora del Refugio.

Pero, hablemos de libros y obras en curso que en esa época trataron de abrirse camino. Un año después del inicio del conflicto referido, llegaron a la mesa del presidente Porfirio Díaz los cien ejemplares de la primera edición

² «A veces el saber verdadero resulta indiferente», escribió Javier Marías en su novela *Todas las almas* (1989), «y entonces puede inventarse».

de sus *Memorias*. Alguna duda creció en el corazón de Díaz sobre la pertinencia de circular esta obra, sobre todo en ese momento: resuelta su estancia en el poder para el cuatrienio 1892-1896, y arreglada asimismo la situación de conflicto en y con el estado de Chihuahua, Díaz recurrió a Joaquín Baranda, Casimiro del Collado y Pedro Santacilia, por un lado, y a José María Vigil, Alfredo Chavero y Joaquín García Icazbalceta, por otro.

El asunto se volvió reservado. El Presidente preguntó si convendría tanto dar publicidad a ese primer tomo de las *Memorias* como continuar la obra y, finalmente, si en lo impreso ya había algunas inexactitudes que verificar.

La sola requisición encauzó la muy positiva y casi unánime respuesta al ejecutivo. Sólo que el erudito hacendado García Icazbalceta opuso algunas salvedades. Mucho más agobiado entonces por la animadversión de íntimos y correligionarios debida a sus dictámenes históricos sobre la discutible aparición de la Virgen de Guadalupe, García Icazbalceta respondió con cautela y sinceridad a un sujeto por quien, contra lo que se cree, no tenía respeto.

García Icazbalceta dijo que él no podía juzgar sobre los errores del texto, pero sí, en cambio, recomendó continuar la redacción de la obra. «Las *Memorias* de los que han figurado en la historia son documentos preciosísimos para ella, y la posteridad los reclama», comentó el historiador, al igual que el resto de los encuestados; sólo que a diferencia de ellos, él añadió:

Por otra parte, los personajes históricos no han de ser de peor condición que un facineroso, a quien no se niega el derecho de defensa, y aun se le obliga a usar de él. Todo el mundo puede, y acaso debe, dar la explicación de su conducta y de los móviles que le obligaron a seguirla y que el público comunmente ignora. Tiene, en suma, el derecho de ser oído antes de ser juzgado. Aun los errores que todo hombre comete y de que ninguna posición lo exime, tienen mucho adelantado para alcanzar indulgencia, en gracia de la sinceridad con que se reconocen y confiesan. Ya que la conveniencia del que escribe y el interés del público están de acuerdo, no puede haber duda de que debe Ud. continuar redactando sus Memorias.

Pero la sinceridad del historiador rozó uno de los deseos más íntimos del presidente Díaz al opinar sobre la conveniencia de dar a conocer la obra. Se diría que el hacendado e historiador le hizo tragar elegantemente un viscoso sapo verde al señor presidente Díaz.

Se trata, comentó García Icazbalceta, de una época sobre la cual pesa ya más de un cuarto de siglo, y ha muerto un gran número de los que en ella figuraron. Y enseguida agregó: «Entonces no ejerció Ud. mando supremo, ni se veía envuelto en las enmarañadas complicaciones de la política, sino que peleaba en favor de su causa. Y sin embargo, algún vivo no encontrará muy agradable la obra, y lo mismo sucedería, si vivieran, a otros que dejaron este mundo». En la escritura de los tomos siguientes, le advirtió,

tropezará con mayores dificultades a este respecto, porque tendrá que someterse a la necesidad de omisiones o reticencias, con perjuicio de su propia defensa y de la verdad histórica; o se expondrá a enajenarse las simpatías de personas que hoy le son adictas, de lo que se originarían males evidentes a Ud. mismo y al país. En fin, cualquiera que sea la redacción de la obra, no se librará Ud. de críticas e impugnaciones, sobre todo de periodistas, que son verdaderamente temibles, y se encontrará indefenso, porque en la posición que hoy ocupa, no puede, sin faltar al decoro de ella, trabar polémicas con los que quieran atacarle.³

Esto se decía en enero de 1893. Mientras tanto, en Tomóchic apenas se acababa de dar la orden de escombrar los restos entre las cenizas de su iglesia, el punto en el que ocurrió la carga que en el pasado mes de octubre decidió el éxito de los federales en la campaña militar.

Al comenzar el año de 1893, la escena cultural mexicana tenía a algunas de sus eminencias en el extranjero. Vicente Riva Palacio, uno de los pocos si no es que el único corresponsal que siempre tuteó a Díaz, estaba en España. Entre Florencia y Madrid vivía sus agitaciones editoriales y archivísticas Francisco del Paso y Troncoso. ¿Quién conocía el paradero de Manuel Payno, quien vivió en el puerto de San Sebastián hasta la aparición de *Los bandidos de Río Frío*? ¿Acaso alguien preguntaba por el del novelista José T. Cuéllar, cegado por la magia de su propia linterna? Como fuera, la ausencia de Ignacio Manuel Altamirano debió ser una de las más notorias en el medio intelectual capitalino.

Altamirano vivió la salida de *La debacle* de Emilio Zola en La Meca artística, como cónsul de nuestro país en París, capital de Europa en el siglo XIX; tal vez ahí mismo, antes de perseguir en diciembre de 1892, feliz como esquivada bocanada de salud urgentísima en el puerto de San Remo, Altamirano vendió el manuscrito de su novela *El Zarco* por muy buenos 200 pesos a

³ Acervos Históricos de la Universidad Iberoamericana (en adelante AHUIA), Colección Porfirio Díaz, legajo 18, caja 28, foja 434, carta de Joaquín García Icazbalceta a Porfirio Díaz, enero 19, 1893.

Ballescá. De allá llegó a México la noticia de una novela en proceso del maestro Altamirano, *Atenea*, y cuya trama se desarrollaba en Italia.⁴

Allá, lejos de los creadores y de sus contados lectores, Altamirano se perdió la reacción de los jóvenes escritores mexicanos ante esa nueva novela de Zola, los mismos jóvenes para quienes el escéptico y hasta desencantado evangelio sin doctrina del excepcional cronista y poeta Manuel Gutiérrez Nájera ya les decía mucho más que el secular dogma nacionalista de Altamirano. «Estamos por decir que lo mejor de un literato es aquello que no escribe», anotó Amado Nervo por esos años, «aquello que dice sin pretensiones, para hacer amena una conversación, aquello que corre de boca en boca entre un reducido número de amigos y se pierde después».⁵ La llamada juventud literaria se hizo de una carta de navegación distinta a la del maestro predicante, aunque sus paraísos no eran menos artificiales que los que resumían frases como Expresión Nacional e Identidad Nacional, en las cuales se encandilaron las generaciones anteriores a aquella otra que hacia los años noventa esperaba enfrentar con inteligencia el enteco escenario intelectual en México.

Aquí se cree que el escritor no trabaja, que es una especie de holgazán destinado ab eterno a escribir en los álbums de las niñas cursis y a abonar en crónicas dominicales las excelencias de los ambigús elegantes. Y el escritor, intrigado por esta abrumadora creencia, casi casi tiene vergüenza de que lo consideren como intelectual, [escribió Nervo] De aquí que prefiera muchas veces el retraimiento a la sociedad...⁶

Un retraimiento que en el caso mexicano fue aderezado con el magma proveniente de la crapulosa, intempestiva agenda de la bohemia y la lúcida defensa de la libertad creativa de los escritores ante la inconmovible indiferencia del respetable público y ante las reverberaciones que aún se escuchaban en el medio, impregnadas del tono de Altamirano, de su verbo subyugador y admonitorio en favor de una literatura con coloraturas y serios aires nacionales. «El Maestro amamantó a muchas inteligencias e hizo más», reconoció Nervo: «mantuvo unidos en él y por él a los escritores jóvenes que hoy, como ovejas sin pastor, se han desbalagado, y aún se permiten odiarse cordialmente».⁷

⁴ Sin firma, «El maestro Altamirano», *El Universal*, enero 29, 1893; sin firma, «Recuerdos del maestro Altamirano», *El Universal*, febrero 18, 1893.

⁵ Amado Nervo, «El humorismo en México (en serio) I», diciembre 3, 1895, *Obras Completas I*, edición, estudios y notas de Francisco González Guerrero, Aguilar, España, 1973, pp. 522-523.

⁶ Amado Nervo, «Sentido práctico», diciembre 6, 1895, *Obras Completas I*, p. 525.

⁷ Amado Nervo, «Reorganización del Liceo Altamirano», agosto 18, 1896, *Obras Completas I*, p. 645.

Más de una vez la realidad, con sus oxigenaciones, impulsó a nuestros escritores a imaginar un escenario no sólo distinto sino aún mejor para su entorno. Tal optimismo se aprecia en la argucia que rodeó el plan para editar la primera revista internacional mexicana, *México Gráfico*.

Ese ambicioso proyecto editorial apareció en la cabeza del caricaturista veracruzano José María Villasana, quien por esos días discurrió imprimir y distribuir desde Chicago su revista *México Gráfico*. Esta empezó a circular en la ciudad de México al comienzo de la década de los noventa. Empleó la sátira en favor de los intereses del gobierno de Díaz y durante la jaloneada primavera electoral de 1892, *México Gráfico* ridiculizó las manifestaciones y apuestas democráticas en cuyo ámbito sobresalieron grupos como el Club Soberanía Popular y el Comité Antirreeleccionista de Estudiantes, en donde destacaron Joaquín Clausell, Gabriel González Mier y Querido Moheno—los mismos muchachos que, ante la derrota de su causa, echaron a andar su propio periódico, *El Demócrata*.

¿Habría para la juventud antirreeleccionista himnos y polkas como los que Indalecio Hernández y José María Careaga arreglaron para inmortalizar «El triunfo de los estudiantes» ante el dictamen que las comisiones de Hacienda presentaron al Congreso sobre la conversión de la deuda inglesa en 1884? Villasana se mofó asimismo de *El Demócrata*, cuando salió en febrero de 1893; y precisamente cuando desapareció este periódico, a finales de abril, luego de publicar en sus páginas las veintitantas entregas de la relación novelada de la campaña militar contra Tomóchic, Villasana gestionó para su proyecto recursos económicos provenientes del erario y de particulares.

Luis A. Lavie y José A. Rivas, como representante y agente de Villasana, respectivamente, ayudaron al caricaturista a conseguir el financiamiento necesario para la revista nueva entre gobernadores, comerciantes y personas dispuestas a invertir en esa empresa. La nueva y lujosa edición de *México Gráfico* publicaría a cambio de tales dineros: datos, fotografías y «anuncios de comercio», más un cierto número de ejemplares gratuitos. Y el reelecto presidente Díaz, con su elocuente palabra, recomendó la empresa de Villasana entre sus gobernadores en los estados. La nueva revista de Villasana representaría al periodismo mexicano, se dijo, en la Exposición de Chicago, «enalteciéndolo, ponderando sus elementos industriales, sus riquezas, sus méritos y los de sus hombres más prominentes».⁸

Villasana, quien en realidad se ganaba la vida como vista de la aduana de la ciudad de México, no logró sobreponer los problemas que la empresa

⁸ AHUJA, Colección Porfirio Díaz, legajo 18, caja 24, fojas 11833 y 11834, carta de Luis A. Lavie y José A. Rivas a Porfirio Díaz, agosto 23, 1893.

encaró en el extranjero —fuera del invernadero periodístico del Estado. Primero, viajó a Chicago en mayo de 1893, donde enfermó gravemente a su llegada («el cambio de clima me postró en cama», le comentó por carta a su socio el presidente Díaz), y allá tras «mil dificultades» logró imprimir en julio diez mil ejemplares del primer y único número de *México Gráfico*, con la ayuda del mismo equipo de dibujantes y redactores que tenía en la ciudad de México y que él decidió llevar consigo a Chicago. «Indudablemente, y yo soy el primero en comprenderlo», escribió Villasana el 19 de julio, «este primer número aún es deficiente; pero la serie, donde ya se podrá desarrollar el programa que me he trazado, espero que será digna de su aprobación».⁹ Villasana insistió en vano ante Díaz por los recursos económicos para editar tres números más de *México Gráfico*, aún a costa de su sueldo como vista aduanal, como lo llegó a proponer ante la Secretaría de Hacienda; luego abundó:

No dudo ni por un momento del buen éxito de la publicación, por ser ésta la opinión que recibo de personas entendidas de esta población refiriéndose a la parte inglesa, pero no podré recibir producto de suscripciones y venta hasta pasados tres o cuatro números, pues aquí tienen que entenderse los editores con la única agencia que existe para hacer la distribución en más de trescientos despachos en la ciudad, y ésta impone aquellas condiciones. Con los ejemplares que se remiten a los diversos estados de esta República se liquida su importe por meses vencidos con los agentes.¹⁰

Díaz se interesó menos en esta explicación que en persistir como aval del ya inútil Villasana, quien al fin regresó a su pesar a la ciudad de México en los primeros días de septiembre.

El fracaso enseñó a Villasana a caminar como un fantasma. Y como un fantasma, también, Heriberto Frías empezó a deambular entre periodistas, tras causar baja en el ejército como resultado de un proceso jurídico en su contra. Un proceso que le encerró e incomunicó por tres meses en uno de los cuarteles de la Segunda Zona Militar, en Chihuahua, y en el cual no se pudo demostrar aquello que Díaz maliciaba y por lo cual ordenó por cable la ejecución del referido proceso: que Frías era el autor de la relación novelada de la campaña militar contra Tomóchic publicada por *El Demócrata*.

⁹ AHUIA, Colección Porfirio Díaz, legajo 18, caja 21, fojas 10401, carta de José Ma. Villasana a Porfirio Díaz, julio 19, 1893.

¹⁰ *Ibidem*.

Los deseos de los escritores por un mejor entorno asimismo se ven en los tres meses de vida que logró *El Demócrata* que dirigió Joaquín Clausell y en cuyas páginas apareció la primera versión de *Tomóchic*. Para entonces, la realidad de la vida y del lenguaje públicos les había familiarizado con una manera del desencanto que devino en estímulo: la marginación. No obstante la sabiduría, el entusiasmo y la cultura de la juventud literaria de fin de siglo, su espacio público era ínfimo, estaba normado por las rutinarias estufecaciones de las imprentas y los antros en los que quemaron sus primeros años, tuvo la discutida insignia del arte por el arte como una coartada de tipo social y vital antes que como un duro principio artístico. En la desorganización de la sociedad mexicana del siglo pasado, y en particular de la última década, las actividades de la inteligencia no tenían una categoría distinta a lo superfluo; y acosaban a sus mismas actividades, además, el analfabetismo y la indiferencia, la falta de protección a la propiedad intelectual y la inexistencia de un mercado de libros, lectores, lecturas. Y en México, como en Rusia, como señaló José Juan Tablada, «Francia suavizó muchas rudezas y atenuó muchas barbaries».¹¹

Más aún, en el caso de *Tomóchic*, tal influencia permitió nombrar, distinguir, interpretar a la barbarie.

A través de la maestría de Zola, y en particular de su novela *La debacle*, la cual llegó a las librerías de la ciudad de México en edición española a mediados de 1892 y se tradujo además en el folletín del *Diario del Hogar*, la campaña militar contra Tomóchic ingresó a la historia. Como sucede todas las veces, la palabra escrita se encargó de vincular al hecho con cierta noción de trascendencia.

«Como director del periódico *El Demócrata*», contestó Clausell a la pregunta de Juan Pérez de León, Juez Primero de Distrito, quien desahogó el exhorto reservado que solicitó desde Chihuahua el jefe de la Zona Militar, general José María Rangel, «concebí la idea de escribir y publicar una novela, tomando por modelo *La debacle* de Zola, aprovechando los acontecimientos de la guerra de Tomóchic». Esta declaración de Clausell importa porque la relación novelada de tal campaña militar no apareció firmada sino por el socorrido convencionalismo del Testigo Presencial, al sospechar o temer una respuesta policiaca del Estado; pero estas palabras de Clausell también importan porque ofrecen una referencia literaria a una obra literaria, inscrita

¹¹ José Juan Tablada, *La feria de la vida*, Lecturas Mexicanas 22, Tercera Serie, CNCA, México, 1991, p. 148.

en el ámbito de la historia nacional, y que a la postre trascendió su día. «Pensé que por lo reciente del caso y el estilo en que se iba a escribir tendría aceptación del público», añadió Clausell en su declaración. «Esto fue lo que hice: escribí la novela, la cual se publicó en varios números de *El Demócrata*, y cuyos datos obtuve de las diversas noticias publicadas en la prensa mexicana como de cartas particulares que me escribieron desde Chihuahua varias personas».¹²

El relato de *Tomóchic* se empezó a publicar en el periódico cuatro meses y medio después de la masacre.

Tomóchic, a los ojos de la administración de Porfirio Díaz, fue estratégico asentamiento caminero, pues por ahí pasaban cotidianamente tesoros provenientes de los minerales del occidente de Chihuahua. Dos días a caballo separaban a los cincuenta electores de Tomóchic de la cabecera distrital, Ciudad Guerrero, desde donde el tren enlazaba eficazmente a esa cabecera con la capital del estado a través de unos 300 kilómetros de vía. El cable del telégrafo conectaba la capital del estado con Ciudad Guerrero; la cabecera distrital, en cambio, no contaba con este recurso para escuchar las peticiones, calmar el miedo o crecer las esperanzas de los seis mil electores que conformaban el entonces mortificado distrito de Guerrero. Chihuahua, al comienzo de la década de los noventa, vivía una crisis agrícola profunda que amenazaba con lesionar la conformidad o el orden tanto en lo social como en lo político dentro de la capital del estado, ubicada ésta a algo más de mil 200 kilómetros de distancia de la mesa de trabajo de Joaquín Clausell, en su oficina en el centro político del país, sita en la Avenida Oriente 169, según una denominación, o en el 26 de la segunda calle de San Lorenzo. Sin embargo, ni las distancias ni los problemas para la comunicación mermaron el interés del director del novísimo *El Demócrata* por registrar con la mayor exactitud los acontecimientos de la campaña militar contra Tomóchic en una relación novelada.

El interés en datos y hechos duros fue característico en la novela durante el siglo pasado; también su vocación por los panoramas históricos y por la suerte de las naciones, piezas claves en la imaginación histórica de los escritores. En cambio, los autores que despuntaron hacia el final del siglo optaron por documentar lo que sucedía en la mente y en la vida de alguno de los señalados protagonistas durante uno de esos sucesos.

Tal vez el peso de Zola en la realización de *Tomóchic*, esto es, la manera en que su texto consignó con la mayor exactitud posible circunstancias generales, fechas y números relacionados con esa campaña militar; el peso de

¹² Secretaría de la Defensa Nacional, Dirección General de Archivo e Historia, Archivo de Cancelados, Frías Alcocer, Heriberto, XI/III/ 914457, foja 235.

Zola, decía, ayuda a ubicar a *Tomóchic* en el panorama de la novela decimonónica. He creído prudente matizar esta observación por no hacer a un lado la propia producción narrativa mexicana. Sin embargo, el peso final de Zola en la factura de *Tomóchic* decidió que la novela no optara por su personaje, Miguel Mercado —tal y como sucedió en algunas páginas de Vicente Riva Palacio, Manuel M. Payno y Juan A. Mateos, y como sucedió también unos años después con el personaje de Henry Fleming, centro de otra de las grandes novelas de guerra escritas en la década de los noventa, *The Red Badge of Courage*.

La campaña militar contra Tomóchic alertó a Joaquín Clausell por varios motivos. Por tratarse de la primera noticia caliente de la administración ya reelecta, en el comienzo del nuevo cuatrienio. Porque un amigo y condiscípulo fue movilizado hacia Tomóchic en octubre de 1892. Heriberto Frías, a diferencia de Clausell, optó por una carrera en el ejército al salir de la preparatoria en 1888. Y porque para quien hubiera leído a Zola resultaba hasta obvio el potencial literario de una guerra.

Hoy no tenemos ojos para eso. Sin embargo, José Juan Tablada sí lo vio y lo menciona al comentar en 1895 la primera edición de *Tomóchic* en formato de libro, publicada un año antes en Río Grande City, Texas. «Líbrase la batalla; mística, increíble, fabulosa». La campaña militar, se diría, invitó a fabular el episodio.

«La guerra ha sido estudiada bajo todos sus puntos de vista: económico, político, filosófico, etc.», escribió Amado Nervo en 1898, en su columna en *La Semana*. «Mas nadie, probablemente, ha reparado en esto: en que es un gran elemento literario». Nervo, para ilustrar esta clara afirmación, recurrió entonces al ejemplo de Francia. Desde la batalla de Sedán en 1870, centro de la tan exitosa *Debacle* de Zola, la guerra «ha dado contingente para una gran biblioteca con sólo el caudal de novelas, poemas y cuentos inspirados por la tremenda conjunción de los descendientes de Federico, el de la roja barba perennemente floreciente, y los nietos de San Luis», anotó Nervo.

Sin mencionar La debacle, El año terrible y Napoleón el pequeño, con otros libros de aliento tan impetuoso como esos, y que han gozado del alto privilegio de la universalización, hay toda una literatura febricitante, pintoresca, sugestiva, y a las veces tendenciosa, surgida de la gran conflagración europea como surge de una hornaza potente la opulentísima diafanidad de una cristalización.

La nota de Nervo, escrita un año antes de la edición consagratoria de *Tomóchic* realizada por la casa Maucci, dio sobre la entraña de ese libro al señalar que «quienes han ajustado su criterio a los sucesos, han escrito primores de verdad». Más aún, «la guerra es una gran fuente de divinos horrores trágicos, de admirable poesía, de altos hechos; una roja fabricadora de episodios siempre nuevos y siempre palpitantes».¹³

La relación novelada fue recurso de protagonistas, texto para la historia encerrado en el frasco de cristal de la literatura. En el gesto que confía el devenir del pasado, de la historia, a la palabra asoma la impotencia ante el poder. Como todo mundo sabe, el pasado sólo tiene futuro a través de la palabra que lo guarda.

La memoria fue el centro de numerosos escritos que sus interesados autores echaron a andar sobre la cuerda floja de las letras; en rigor se trataba de historias recordadas, rescatadas, inventadas. Esto explica la dura indiferencia de algunos de esos escritores hacia las formas literarias. Preservar antes que recrear y construir un sentido fue pública divisa en cientos de páginas histórico-testimoniales a las que con indulgencia aún se les llama novelas; hasta las mejores plumas en este género dividido entre letra y verbo, entre documento y página, tuvieron mucho más claro su desempeño como conservadores que como creadores. Hay ahí páginas con la emoción instintiva del testigo, recargadas de datos exteriores, de recursos para lo teatral y lo veraz; sin embargo, ahí es raro encontrar el arreglo de la transgresión literaria. Se dice que Riva Palacio llegó a comentar elogiosamente que en las obras de Mateos había información que no se encontraba en libros de historia mexicana.¹⁴ Otra fue la suerte de las letras; en ellas, donde ocurren las verdaderas aventuras, los escritores del siglo pasado rara vez arriesgaron algo de la historia de su movida y peligrosa contemporaneidad.

La ascendencia de Zola y su *Debaçle* en la factura de *Tomóchic*, revelada francamente por Clausell ante un juez que no entendió nada, infundió a sus páginas una condición en cierto sentido excepcional. Además que por el descubrimiento del modelo o patrón, por la vocación literaria más que histórica de esa obra, que la misma revelación puso sobre la mesa.

El contexto es más que un esbozo. En esto se insiste desde la bancada de la historia cultural con la seguridad de que el medio de una obra importa tanto como su mensaje. Y el contexto es útil a condición de no asumir ni que la singularidad de una obra determinada es producto de las

¹³ Amado Nervo, «1º de mayo de 1898», *Obras Completas I*, p. 792.

¹⁴ Véase la nota preliminar de Clementina Díaz y de Ovando en Juan A. Mateos, *El Sol de Mayo. Memorias de la Intervención*, Colección Sepan cuantos 197, Porrúa, México, p. xi.

condiciones que le dieron el ser a la obra, ni que la contextualización le presta la historicidad necesaria a la perspectiva «partenogenética» que mira a las obras como creadoras de más obras y en posesión de una vida propia.¹⁵

Pero, por una estructura mental nuestra, al episodio aquí expuesto tal vez le vendría bien ser más antihistórico de lo que ya parece. Empecemos por atar unos cabos.

Las *Memorias* de Porfirio Díaz, en su elegante presentación, dictadas sin duda por alguna perversidad ante su gran amigo y ministro, Matías Romero, impresas en «edición confidencial» (según las palabras del Presidente a Joaquín García Icazbalceta) de cien ejemplares, de los cuales al principio Díaz sólo obsequió unos «ocho o diez» para conocer si era prudente circular más ampliamente el libro; las *Memorias*, al parecer, nunca salieron de un círculo de íntimos.¹⁶ Si el solo libro reveló a un lector tan avezado como García Icazbalceta apetencia de una más digna nombradía como hombre de estado, su veto como historiador fue un suave manotazo que el Presidente comprendió bien. «No hay a mi parecer grave inconveniente en distribuir los demás ejemplares», comentó García Icazbalceta. «Aun serviría eso», agregó, «de prueba práctica para conocer si podría publicarse algo más, sin prejuicio personal de Ud. o del país, lo cual, como tengo manifestado, no me parece exento de peligro».¹⁷ Ante la advertencia, Díaz optó por la cautela en lo concerniente a la circulación del tiro confidencial de su obra —aun cuando no frenó el entusiasmo de Romero, quien en Washington gestionó a lo largo de 1893 para traducirla y editarla en Estados Unidos.

El interés público, comentó Díaz a Casimiro del Collado, impulsó la redacción del primer tomo de *Memorias*.¹⁸ Pero, la obra no llegó a merecer el valor que dieron por hecho no sólo Díaz sino aquellos amigos y colaboradores que le animaron a realizarla.

El libro empezó a circular en su mercado hasta 1922, treinta años después de la edición de tiraje corto que conoció García Icazbalceta.¹⁹ En

¹⁵ Una sugerente reflexión sobre la contextualización como tendencia metodológica en el ensayo de John Patrick Diggins, «La ostra y la perla: el problema del contextualismo en la historia intelectual», *Historias* 19, INAH, México, pp. 57-65, Octubre-Marzo 1988.

¹⁶ AHUIA, Colección Porfirio Díaz, legajo 18, caja 28, foja 435, carta de Porfirio Díaz a Joaquín García Icazbalceta, enero 21, 1893.

¹⁷ AHUIA, Colección Porfirio Díaz, legajo 18, caja 28, foja 13560, carta de Joaquín García Icazbalceta a Porfirio Díaz, enero 30, 1893.

¹⁸ *Archivo del general Porfirio Díaz. Memorias y documentos*, prólogo y notas de Alberto María Carreño, Tomo I, Colección de Obras Históricas Mexicanas 2, Editorial Elde en colaboración con el Instituto de Historia de la UNAM, México, 1947, p. 10.

¹⁹ *Ibidem*.

cambio, *Tomóchic* circuló bastante bien desde el comienzo, pese al enfado inicial de Díaz al conocer sobre el contenido de la relación novelada que desplegó *El demócrata* en sus páginas entre marzo y abril de 1893.

La historia estaba en la novela, en las memorias nada.

Ya en forma de libro, *Tomóchic* se vendió en la ciudad de México en la alacena La América, ubicada en Portal de Mercaderes, frente al Café del Cazador. Se trataba de una edición pobre, realizada fuera del país en las prensas de un añoso y prestigiado editor, Jesús T. Recio, cuya carrera empezó a darle algo en Camargo, Tamaulipas, y terminó por llevarlo a Río Grande City, Texas. Dueño de La América fue Adalberto Concha, quien ayudó a Joaquín Clausell en las tareas administrativas de *El Demócrata*; al mismo Concha, Heriberto Frías atribuyó mucho años después y por escrito, en *¿Aguila o sol?*, una hazaña salvadora: haber extraído aviesamente los originales de la relación novelada de la campaña militar contra Tomóchic de las oficinas del periódico, antes de la realización del cateo que solicitó la justicia de la gente de las armas desde Chihuahua. Una hazaña bastante dudosa, en mi opinión, pues no había tales originales; «hecha la impresión», declaró Clausell, «se tiraban a la basura como todos los demás papeles y recortes que en gran cantidad salían de la imprenta y redacción».²⁰ Y ya en forma de libro, las lecturas históricas de la novela se sucedieron unas a otras.

Frías y Clausell vieron cuatro ediciones distintas de *Tomóchic*. Y por la gracia del libro rebelde de Francisco I. Madero sobre la última sucesión presidencial que lesionó la administración de Díaz, la obra adquirió un sitio privilegiado para cualquier libro pero tal vez no muy útil para una novela. ¿Fue ahí entonces que *Tomóchic*, de hecho, mas no por derecho, empezó a leerse como historia?

Ojalá que la respuesta esté en los lectores de *Tomóchic*. Sin embargo, los tiempos que corren y lo que Günter Grass llamó la dictadura de lo secundario no permiten ser muy optimistas. Tanto el uso actual de sujetar a la obra a lo que se escribe sobre ella como sustituir el trato y la lectura directa de los clásicos al filtro de estudios, prólogos e introducciones, completan la grisura del cuadro.²¹ No hay que perder de vista que *Tomóchic*, al igual que cualquier obra literaria, nació como una novela dirigida al lector común.

²⁰ Secretaría de la Defensa Nacional, Dirección General de Archivo e Historia, Archivo de Cancelados, Frías Alcocer Heriberto, XI/III/ 914457, foja 235.

²¹ Günter Grass, «La dictadura de lo secundario. Una reflexión sobre el proceso de frivolidad que sufren la cultura y la sociedad actual», traducción de Luis Meana, en *Babelia, El País*, España, agosto 13, 1994.